Apuntes para la memoria

Alvaeno Alvaeno

© NOMBRE DEL AUTOR: ALVAENO ALVAENO (Salvador Moreno Valencia) © 2005

TÍTULO DEL LIBRO APUNTES PARA LA MEMORIA © 2005

ISBN papel:
ISBN pdf:

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A mi padre, víctima de la terrible enfermedad de Alzheimer y a mi madre que lo acompañó hasta el último instante sin desfallecer.

Mientras unos intentan olvidar, otros luchan por recordar.

Me llamo Mario nací, creo, hace ochenta y tres años.

Por la tarde entra una bonita luz por la ventana y a veces ilumina ese rincón oscuro de mi mente. Corría el año de mil novecientos cincuenta y tres cuando vi por vez primera la luz del día. Aunque lo primero que vi fue el suelo blanco de la sala de partos de aquel hospital. Entonces el archivo de mi memoria era una caja vacía que comencé a llenar con las primeras imágenes, olores, sonidos y fue cuando me pusieron en los brazos de mi madre cuando sentí la primera sensación de placer que me produjo el tacto. Recostado sobre el pecho de la mujer en la que había estado alojado durante nueve meses recibiendo de su organismo todo lo necesario para que la vida en mí siguiera su curso normal, sentí el calor de su corazón y pude oír, desde fuera, el latido del mismo al que me había habituado estando dentro del vientre de aquella mujer maravillosa que me acariciaba con delicadeza, que me apretaba sobre sus pechos de los que tuve la leche primera, ahí se inauguraba mi paladar con sabores que desconocía pero que tenían el sabor a vida, a la vida que por la unión de dos seres se me otorgaba para emprender un camino que hoy ha llegado a su fin. Todo el proceso de llenar aquella vacía caja de memoria hoy quedará concluido y tal como llegué a este mundo me despido

como el neófito sin haber podido retener ninguna de las impresiones recibidas por los sentidos que he perdido a lo largo de mi vida.

Han ocurrido muchas cosas desde entonces que quedarán olvidadas como se olvidará mi existencia y la de todos los seres humanos porque al fin y al cabo sólo somos seres anónimos que cubrimos la distancia que hay desde el principio del camino hasta la puerta que se cierra tras nosotros de la existencia efímera.

Hace frío en la casa

Junto al río el otoño se humedece y este año se presenta con condiciones atmosféricas más propias de primavera. Todo está cambiando, el clima, la naturaleza, las personas. Existe demasiada desolación en estos tiempos. Deambulamos, sin detenernos, de un lado para otro, no tenemos ni un instante para pensar en nosotros, en los que nos rodean, en la vida en general.

El río baja aún con poca agua. Los álamos amarillean y van dejando una alfombra de hojas que crujen bajo mis botas.

La casa está a pocos metros del cauce de ese río que contemplo cada día. Desde el porche puedo ver el valle que se pierde en un recodo por donde el río desaparece de mis ojos.

Todas las mañanas salgo a pasear por el camino que sigue el curso del agua y llego hasta ese recodo, desde allí veo que el valle se abre hacia el mar y con él el río se adentra en una llanura sembrada de naranjos que ofrecen sus anaranjados frutos a un cielo que se viste de un intenso y electrizante color azul, donde rebotan los pequeños reflejos de las que fueron flores de azahar antes de adquirir su redondez para luego agasajar paladares con su deliciosa pulpa. Naranjales que un día desaparecerán o serán abatidos por la avara mano del hombre que igual los siembra que los corta.

Por las tardes me siento en el porche de casa a contemplar el atardecer junto a Támara. Miramos el curso del río que sigue su camino sin detenerse nunca, igual que caminamos todos en la vida, igual que hemos caminado Támara y yo durante los últimos años, siempre hacia adelante. Cuarenta años hace ya que nos conocimos. Yo estaba viajando por Marruecos y ella vivía en una de las ciudades que visité. Era Nador, un pueblo pequeño de pescadores, de gente humilde y hospitalaria.

Allí conocí a Támara. Estaba tras su puesto en la calle del mercado. Morena con los ojos profundos y de color azul intenso. Su piel color canela y su cuerpo pequeño y los pies descalzos me hechizaron de tal forma que ahí comencé a sentir que ella era un presagio, un ángel que alguien en el cielo o en algún lugar del universo me enviaba para acompañarme en los días venideros.

Yo andaba perdido y confuso intentando ordenar mi vida y mis recuerdos, apostando por el futuro, si es que tenía un futuro. O ¿sólo tenía ese presente cargado de retazos de un ayer que quería abandonar y que siempre me seguía?

Ella entró en mi vida como una luz, una llama que enciende a su paso la pradera y el bosque cuando el verano aprieta con su intenso calor, esa pasión se desbordó con la intensidad de un fuego empujado por el viento. Desde entonces estamos juntos, hemos recorrido el mismo camino, hemos dado los mismos pasos para llegar a este lugar que nos aparta de toda aglomeración, de toda algarabía, de toda la locura que se cierne sobre hombres y mujeres en las grandes ciudades. Aquí se puede respirar, aún, el aire de las sierras, oír el sonido de las aguas, el canto de los pájaros y disfrutar de todos esos sonidos que la naturaleza te ofrece con su orquesta privada.

Un camino sin retorno al pasado. Como el ser que fríamente deja atrás su vida y carece de pasado. Los recuerdos se han ido borrando como se borran las palabras escritas en la pizarra por algún profesor que se empeña en enseñar el significado de las mismas, desgranándolas, vocal por vocal y consonante por consonante, a una audiencia de niños que pasan los días buscando lugares donde llevar a cabo sus fantasías y que olvidarán sus chiquilladas en una etapa ajena a ellos en esos momentos en que miran impávidos cómo las palabras desaparecen vocal a vocal, consonante a consonante dejando tras de sí una fina lluvia de polvo blanco que irá a asentarse sobre el suelo y luego se esparcirá en el aire del aula mezclándose con millones de partículas.

¿Cuál de esos niños recordará esos momentos tras la lección del día y tras el paso del infame tiempo? Borrón y cuenta nueva.

Llevamos quince años perdidos en este paraje natural, habitando una casa de piedra rodeada de árboles y vegetación a la orilla de este río que sigue igual que el primer día en que llegamos. Ahí, sin dejarse convencer por nada, sólo sus aguas lo transitan cada segundo, cada instante algo muere y algo nace entre sus aguas. Cada invierno corren por él las aguas torrenciales que su cauce recibe agradecido cuando las mon-

tañas se desprenden de las lluvias, como el perro que se sacude el agua de su pelo, así los montes y montañas que hacen que el río exista lo alimentan con los excedentes de sus venas acuíferas. Cada primavera se llena de colores, de renacuajos, zapateros, libélulas y de peces. Cada verano va muriendo un poco su caudal a ritmo del croar de sus sociedades de ranas que todas las noches se reúnen para festejar la época del celo y así dejar paso al otoño que lo cubre con su manto de hojas anaranjadas, ocres, rojas, amarillas, carmines y azules mezcladas con las brillantes aguas que se pasean con calma para romper el sosiego con las primeras lluvias del invierno.

Nos hemos habituado al sonido incansable de sus aguas que bajan libres y limpias buscando el abrazo del mar donde llega, tras haber recorrido cientos de kilómetros, realmente, no estoy seguro si son cientos o miles. Qué más da, el cauce lleva a las aguas al mar igual que nos lleva la vida a la muerte.

Estoy pensando que parece que no hace ni dos días que conocí a Támara. El tiempo se esfuma, realmente lo que se esfuma es la vida, el tiempo seguirá ahí, las piedras seguirán ahí, siendo erosionadas lentamente por las aguas y el viento.

El río es el tiempo, es la vida, es el principio y el final, es todo y nada, es río y mar, nacimiento y muerte.